

AFLICCIONES.

I.

Jacebat multitudo magna cæcorum, claudorum, aridorum.

Yacia allí una gran muchedumbre de ciegos, cojos y tullidos.

(*Joann. v, 3.*)

En este valle de lágrimas ¿qué hemos de hacer si no llorar? En este destierro penoso y aflictivo ¿qué hemos de tener si no aflicciones y penas? Una tierra inculta y embreñada ¿qué ha de producir si no malezas y espinas? Tal es el mundo, hermanos, tal es el mundo en que vivimos. Es un valle de miserias; es un destierro horroroso; es una tierra infeliz, fecunda solamente en pesares y amarguras; y estéril de todo punto en alegrías y en glorias. Id contando, si os parece, una larga serie de personas, desde el mas humilde súbdito hasta el mas augusto príncipe, y en todas vereis derramadas muchas gotas del cáliz de la amargura y de la copa del dolor. No hay Olimpo tan elevado á donde no lleguen las tempestades de las penas, ni roca tan fuerte y tan dura, que no excaven las aguas de las tribulaciones. Podemos decir, que las aflicciones son como una peste, que no perdona estado ni condicion; ó como una polilla, que roe las telas mas finas lo mismo que los mas groseros sayales. Los pastores de Lot turban á los de Abraham; Sara echa de casa á Agar; Laban mortifica á Jacob; Lia desprecia á Raquel; José es puesto en venta por sus hermanos y calumniado por su señora; Faraon oprime á Israel; los gabonitas engañan á Josué; Absalon devasta las tierras de Joab y se rebela contra David; Mardoqueo no hace caso de Aman, Jezabel persigue á Elías; y en fin las aflicciones y sentimientos tienen un derecho incontrastable y universal sobre el linaje humano, y una especie de despotismo absoluto sobre los cetros y los cayados, sobre el sacerdocio y sobre la plebe. El mundo es semejante á aquella piscina de

Jerusalen, en donde no se veian mas que cojos, tullidos, ciegos y paralíticos: *Multitudo cæcorum, claudorum, aridorum.*

Que estas miserias y desdichas cayeran sobre los impíos como fruto digno de sus maldades, no era cosa de extrañar; lo que parece desacredita la providencia de un Dios justo y equitativo es, ver que los mas inocentes sienten tambien, y quizá mas de lleno, el peso de estas calamidades y son el blanco de los trabajos. De aquí tomaron los hombres motivos de extraviarse cuando se metieron en el intrincado laberinto de investigar la causa de las tribulaciones. Los maniqueos se imaginaban una deidad maligna, que siendo principio del mal, gustaba de distribuirle sobre la tierra. Pelagio ponía una naturaleza turbulenta, que no pudiendo subsistir en un estado, se complacia en turbar el órden del universo. Platon, en sentir de san Agustin, suponía un Dios, que no encontrando mas que culpados, no podía hacer sino infelices. Nosotros tenemos el entendimiento mas ilustrado que los herejes y paganos, y la religion y la fe nos inspiran sentimientos mas racionales. Todos los efectos que observamos en la naturaleza, por mas opuestos que parezcan al órden de las cosas, son disposiciones admirables de aquella sabiduría soberana de Dios, sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja del árbol, ni un átomo del aire. Por lo mismo, cuanto adverso acaee á los justos en esta vida, está bajo el órden de la divina Providencia, que todo lo dispone para su bien. Yo quiero en este rato vindicar esta providencia de Dios, por si acaso á alguno parece ménos equitativa, y animar á todos á sufrir con gusto las tribulaciones de que se ven cercados; pues que éstas vienen de Dios, no como juez que castiga, sino como padre que ama. Digamos, pues, que las aflicciones de esta vida son medicinas específicas para la salud del hombre, ó bien sea justo, ó bien sea pecador. Si es justo, son materia de mérito y de corona; si es pecador, son motivo de reconocimiento y de conversion. Al justo le hacen perfecto, al pecador le hacen justo; y tanto en el uno como en el otro obran efectos admirables, si se reciben con humildad y se sufren con paciencia. A. M.

4. El profeta David no podía concordar la idea de una providencia soberana, justa y sabia con la prosperidad de los pecadores y con las aflicciones de los justos. Esta oposicion aparente le hacia vacilar en la fe, y fué necesario que Dios le descubriera sus ocultos designios para sostenerle. Pero es cierto, que si las aflicciones se miraran á buena luz, cesarian los motivos de queja contra la Providencia. Los pensamientos de Dios están muy distantes de nuestros pensamientos: los bienes de la tierra no son verdaderos bienes; por eso los comuni-

ca á sus enemigos: los males de este mundo no son verdaderos males; por eso los distribuye á sus elegidos. Cuando viereis al impío exaltado, entronizado y pujante, no le tengais envidia, tenedle lástima: cuando viereis al justo humillado, abatido y sufriendo, no le tengais lástima, tenedle envidia. Esta es la grande dificultad que el mundo no penetra: acostumbrado á groseros resplandores, no percibe la sencillez de aquella luz divina que lleva diversos rumbos. La prosperidad es una gloria halagüeña y atractiva; por eso se apetece: las riquezas son la llave maestra para ganar voluntades; por eso se buscan con ansia: la elevacion es el altar de los sacrificios; por eso tantos pretenden elevarse: los deleites son la golosina del gusto; por eso se ceban tantos en sus dulzuras: todos los bienes del mundo ocultan sus horrores y fealdades, y se visten de galas y adornos postizos para sorprender á sus amadores; y con esta fantástica y adulterada hermosura logran una tropa numerosísima de secuaces, que corren desalados á cargar con el hierro dorado de sus cadenas. Pero los trabajos, las cruces y las desdichas, como no se dejan ver sino con semblante funesto, con rostro ceñudo, amargo y desabrido, todos huyen de ellas como de la muerte, se aborrecen, se abominan, y el lleno de la desgracia es sentir el azote de la afliccion. ¡Juicio errado en todas sus partes, hermanos míos, como son casi todos los del mundo! Por eso mismo que la gloria mundana infatúa, corrompe y deslumbra, Dios libra al justo de estos escollos y le hace sentir los pesares, para que no le arrastre el torrente rápido de los placeres: lo que os parece que le es mas contrario, eso puntualmente le es mas ventajoso, decia el apóstol san Pablo. El hierro de la tribulacion labra la tierra del alma y la hace fecunda en virtud: este fuego disuelve el oro de la voluntad y la purifica: esta mano pesada no hace mas que arrancar la apostema para impedir la corrupcion: podemos decir, que este leon de Sanson oculta en su boca un enjambre de abejas, que fabrican el mas dulce y sabroso panal. Hable el impío con verdad y diga: ¿cuáles son las consecuencias de las glorias del mundo? La relajacion del espíritu, el desenfreno de las pasiones, la soltura de los sentidos, el olvido de Dios, el desprecio de la ley, el abandono de su propia salud, y un letargo profundo en que le puso amodorrado el vino de las delicias. Hable el justo por experiencia y diga: ¿qué efectos produce la adversidad? La renovacion del alma, la elevacion de la mente, la reforma de las costumbres, la humildad del corazón, el dolor de sus pasadas tibiezas, el propósito de corregir su conducta, el desprecio del siglo presente, la memoria de la eternidad, el deseo de descansar con Jesucristo, y la satisfaccion de saber, que Dios no

desprecia jamas un espíritu atribulado. En la tribulacion sacude la pereza, renueva el fervor, acude á Dios, implora sus piedades, conoce su nada, sofoca su soberbia, ahoga los humos de su altivez y adora con rendimiento la mano del que le hiere para sanarle. ¿Es esto castigo ó es amor?

Contemplad á Salomon y á Job, dos vivos retratos diametralmente opuestos, el primero de prosperidad, el segundo de miseria; poned los ojos en la gloria de Salomon, y hallareis cuanto el corazón humano pudiera desear: riquezas y tesoros inmensos, palacios magníficos y edificios soberbios en que sudaron el arte y el ingenio; estados amenos y floridos, jardines deliciosos, embelesos de la vista y del entendimiento, así por la simetría de sus cuadros como por la diversidad de las plantas y de las flores; un rey pacífico y majestuoso, amado de sus vasallos, respetado de los príncipes y monarcas, y admirado de toda la tierra; sus deseos no bien formados cuando ya cumplidos; la fortuna se le rie, descansa en brazos de la felicidad, y todas las criaturas parecen nacidas para sus glorias. Volveos luego hácia Job, aquel pobre hombre que será siempre por antonomasia el varon de dolores y el primogénito entre los afligidos, y vereis, que sus bienes se desvanecen como el humo, se arruinan sus casas, le usurpan sus derechos, la muerte acaba de un golpe con sus hijos; sus amigos le abandonan, sus domésticos le maltratan, los extraños se burlan de él, su misma mujer le insulta y le impropera; y como si no fueran bastantes los hombres para afligirle, el cielo se conjura y se arma para su ruina: multiplica heridas, acrecienta llagas, sus carnes comidas de gusanos, sus huesos podridos de la lepra; herido de piés á cabeza, tirado en un muladar como el desecho del pueblo presenta una imágen de calamidad y desdicha, que mueve á lástima con solo acordarse de su infelicidad y desventura. Yo os pregunto que me digais, ¿cuál de estos dos hombres os parece mas favorecido de Dios? Si decís que Salomon, os engañais enteramente: la larga prosperidad perdió á Salomon, oscureció sus luces, embriagó y corrompió su corazón, fué demasiado feliz para permanecer fiel; al contrario, las adversidades de Job sirvieron de lustre á su paciencia y de sustentáculo á su virtud. A Salomon le dió el Señor sabiduría; pero ¿qué es la sabiduría en medio de una fortuna constantemente risueña? A Job le trató con mas amor, con mas particulares miras; por eso le probó con aflicciones.

Aunque las aflicciones no produjeran otro efecto que humillar al hombre y ejercitar su paciencia, era suficiente motivo para recibirlas con gusto, besar la mano de quien las envia; pero tienen otro efecto

mas noble, que es hacer al justo vivo retrato de Jesucristo y grabar en su alma la imágen del Salvador. Dios os ha elegido, decia el apóstol san Pablo á los fieles de Roma, Dios os ha elegido y predestinado para que seais conformes á la imágen de su Hijo: *Conformes fieri imagini filii sui.* ¡Oh dechado divino, que bajaste del cielo para reformar la tierra; enséñanos el camino recto para la patria, y graba sobre nuestro pecho los caracteres propios de los hijos de Dios! ¡Ah! hermanos, no busqueis otro sello que el sello de los trabajos y la prueba de la tribulacion. La cabeza coronada de espinas exige de justicia, que los miembros sean participantes de la amargura y de la hiel. Si el Padre eterno no perdonó á su propio Hijo; si le llagó de pies á cabeza y le hirió como á un leproso; los siervos ingratos y rebeldes ¿pueden esperar otro tratamiento de aquel rectísimo Dios, que nada impuro sufre delante de su presencia? ¿No es un favor y una gracia hacernos entrar, mal que nos pese, por la misma puerta estrecha por donde entró sin merecerlo el Jefe de nuestra salud? Cuando yo mire en el espejo sangriento de Cristo crucificado, ¿podré despegar mis labios para la queja, por mas que descarguen sobre mí las olas hinchadas del mar de la tribulacion? Cuando veo al Señor de la gloria y al primogénito entre los escogidos despreciado del mundo, perseguido, tenido por loco, maldecido y blasfemado; ¿será de extrañar, que yo experimente algunos tiros del odio ó de la envidia de mis hermanos, y beba algunas gotas del cáliz del dolor y de la amargura? Si el autor de lo criado sufrió en su persona real el hambre, la desnudez, la pobreza y la muerte de cruz, ¿será mucho, que un vasallo fiel que se gloria de leal y agradecido, entre á la parte en estos despojos dolorosos, que cupieron al príncipe y monarca de los cielos? Si yo deseo cursar la escuela de la verdad en que se enseña la doctrina del cielo, ¿no será justo, que me proponga por maestro á un Dios pobre y necesitado, á un Dios cubierto de oprobio y de ignominia, á un Dios llagado y herido y exhalando su alma entre angustias y tormentos? Cada cosa en este mundo, decia san Gerónimo, tiene sus modelos perfectos para la imitacion. Los capitanes romanos imiten á los Camilos, Fabricios, Régulos, Scipiones: los filósofos imiten á Pitágoras, Sócrates, Platon, Aristóteles: los poetas imiten á Homero, Virgilio, Menandro, Terencio; pero el cristiano no tiene objeto mas noble, ni otro ejemplar mas perfecto, que Cristo crucificado. Este es el libro de oro que se ha de registrar, leer, encomendar á la memoria y grabar todas sus cláusulas en la mente y en el corazon. En este volumen misterioso se contiene la suma del valor bélico, de la penetracion filosófica, de la armonía poética y la quinta esencia de

la sabiduría cristiana. Por lo que á mí toca, Dios me libre de gloriarme jamas en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado conmigo y yo con el mundo. Yo no quiero prosperidades del mundo, ni aplausos del mundo, ni riquezas del mundo, ni deleites del mundo, ni honores, pompas, bienes y glorias del mundo; no quiero otra cosa que ser conforme á la imágen del Hijo de Dios, que se abatió por mí hasta la muerte: *Conformes fieri imagini filii sui.*

Quando yo veo á los patriarcas, que fueron los amigos de Dios, burlados, perseguidos, calumniados por un pueblo inconstante y revoltoso; cuando veo á los profetas, que anunciaron las verdades eternas, tenidos por impostores y falsarios, empozados, aserrados, degollados; cuando veo á los apóstoles, que fueron los primeros maestros del Evangelio, huyendo de la presencia de los tiranos, sosteniendo los tiros mas amargos de la envidia y del odio, acometidos de unos lobos hambrientos y espirando entre sus garras; cuando veo un ejército glorioso de mártires, que cansan á los verdugos sin cansarse su constancia, alegres entre los grillos y las cadenas, entre los ecúleos y las catastas, entre los azotes y los clavos y cuantos instrumentos inventó la barbarie; cuando veo á los anacoretas y solitarios habitando en las grutas y cavernas sin mas compañía que las fieras, sin mas sustento que el pan mezclado con lágrimas, sin mas descanso que la dura tierra, pálidos, macilentos, consumidos á fuerza de rigores, ayunos y vigiliass; cuando veo al ilustre coro de las vírgenes sepultadas vivas, encerradas en las paredes de un claustro, hechas voluntarias prisioneras y esclavas del esposo de la sangre, muertas al mundo y sus placeres, llevando sobre sus hombros la cruz de la penitencia, vestidas de saco y de cilicio sin atreverse á mirar al cielo por la confusion que cubre su rostro; cuando veo en los hospitales públicos ó en los retiros secretos, hombres postrados en el lecho del dolor, mas cadáveres que vivientes, para quienes la cama es un potro y un martirio, el sueño huye de sus ojos, las noches interminables, los quejidos continuos, abandonados á la indigencia y pobreza, faltos de todo ménos de la paciencia cristiana; cuando veo á todos estos discípulos del Calvario, que llevan en su cuerpo y en su alma los caracteres de la mortificacion, y las llagas de Jesucristo enclavado; no puedo contener mi regocijo y me veo forzado á clamar: alegaos, almas dichosas, que vuestros nombres están escritos en el cielo: en medio de un mundo voluptuoso y regalado hallo todavía semilla de consuelo, pues hallo compañeros de Jesús en sus dolores; adorad la mano que os azota, y recibid estos golpes co-

mo favores y gracias. Dichoso el hombre que ofrece á Dios un sacrificio doloroso. ¡Qué brillante saldrá á su tiempo del crisol de las tribulaciones! Será un oro probado por siete veces, será marcado con el sello de la divinidad, y llevará grabada en su corazón la imagen de Jesucristo.

2. Si la providencia de Dios es adorable en orden á los justos á quienes aflige, respecto de los pecadores á quienes castiga, es justa y equitativa y al mismo tiempo benigna y amorosa. Es justa, porque los pecadores, por lo mismo que son culpados, han perdido los derechos que la inocencia les daba sobre el goce de los bienes de que se ven privados, y, por consiguiente, no les hace agravio si les quita aquellas gracias de que han abusado contra el autor que las dió. El joven disoluto y voluptuoso, que ha perdido la salud, y se ve prostrado en una cama lleno de achaques y dolores, no tiene de que quejarse, pues que se sirvió de la salud y robustez para ofender al Señor y fué la ruina espiritual de muchas almas. La doncella vana y remirada, que por un accidente impensado ha padecido notable alteracion en las facciones del rostro ó en la gentileza del cuerpo, y se ve desechada de todos aquellos de quienes fué el idolo en otro tiempo, no tiene de que quejarse, porque hizo instrumento de la maldad lo que fué dádiva graciosa del autor de la naturaleza. El rico duro y soberbio, que por un golpe de fortuna se ve reducido á la miseria, no tiene de que quejarse, pues que no manejó las riquezas que le dispensó francamente la mano del Altísimo con desprendimiento generoso, sino que las retuvo con afecto criminal, y se sirvió de ellas, no para el alivio, sino para la opresion de los pobres, ó tal vez, para lascivias y liviandades. El esposo que perdió la esposa, ó la madre que ha perdido al hijo á quien desordenadamente amaba, no tiene de que quejarse, pues con este excesivo afecto profanó su corazón, y quitó á Dios el culto que á él solo se le debe. Todos los trabajos que cargan sobre los pecadores les son muy bien merecidos; y aun es punto de honor en Dios, vengar el torpe abuso que han hecho de sus bienes, y detener con este freno el curso de sus profanaciones. No hay motivo de resentimiento ni de queja contra Dios, pues mereciendo ellos por sus iniquidades el infierno mismo y una pena interminable, usa de demasiada clemencia conmutándola en unas penas ligeras, temporales, transitorias y llevaderas, ordenadas para su bien.

Estas razones son tan palmarias, que no dejan lugar á la réplica. Pero yo añado ahora para consuelo de todos, que las aflicciones, en los pecadores, no son meramente castigos proporcionados al pecado y á la culpa, sino que son misericordias y regalos de la divina pie-

dad, cuyos designios se han de adorar y bendecir. ¿Qué es el hombre abandonado á sus pasiones y al goce de las delicias terrenas? Es un caballo desbocado que no obedece al freno; es un torrente impetuoso que rompe cuantos diques se le ponen delante; es un frenético cuya fantasía se halla llena y fecundada de especies lisonjeras: olvidado de Dios y de sí mismo, no se acuerda ni de su mortalidad, ni del barro de que está compuesto. Las verdades mas fuertes de la religion son ecos lánguidos, que apenas hieren sus oídos; se obceca voluntariamente, y tal vez tiene osadía de disputar á la fe sus dogmas y sus artículos; oye con gusto á los que raciocinan con libertad de los premios y castigos de la otra vida; insensiblemente se va rozando con el materialismo; y empapado en especies y nociones halagüeñas, no se acuerda de la muerte que le amenaza, ni del juicio que le espera: pasa los años en destemplanzas, en libertinaje, en juegos, saraos y torpezas; y cuanto mas se envejece mas se imposibilita para el remedio. Oscurecido el espíritu, emponzoñado el corazón y todas las potencias cautivas, no admite consejo saludable y levanta un altar sacrilego á la deidad de sus antojos, sin consultar otro oráculo que el amor propio, el amor del mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. ¿Quién despertará á este hombre del letargo ó le dará un grito tan fuerte, que le haga levantar del lecho del pecado ó le saque del abismo en que está hundido? En lo humano no hay fuerzas para esta grande obra; pero el Señor, que conserva todavía algunas miras amorosas sobre esta alma perdida, empieza á suavizar su dureza por medio de las tribulaciones y del castigo: medio fuerte, pero poderoso, al parecer cruel, pero en realidad benigno. Este hombre, dice el Señor, como en otro tiempo al pueblo ingrato, este hombre merecia ser abandonado á su misma ceguedad; mas yo le tocaré con la vara de mi justicia: á pesar mio lo hago; pero su obstinacion me fuerza. Despreciaste mi voz; yo guardaré silencio: perseguiste á mis ministros y te burlaste de ellos; ya no verás otros: los profetas que te instruirán serán la cautividad, la opresion y la miseria; entónces abrirás los ojos y te llenarás de saludable confusion: *Tunc confunderis et erubesces.*

Al trueno de la desgracia se desvanece la nube de la ilusion y entra el hombre á conocerse á sí mismo, á conocer el mundo y á conocer á Dios. Quitado el velo postizo que le tenia deslumbrado, se halla despojado de todo lo de afuera, que le es extraño y como prestado, y no ve mas que sus miserias y sus cualidades personales en que es igual el resto de los hombres. Entónces pierde su fiereza y la

altanería de su genio lisonjeado por la adulacion, y entra dentro de su corazon á mirarse con verdad y avergonzarse de su pasada soberbia: *Tunc confunderis et erubesces*. Empieza tambien á conocer al mundo; porque aunque en la prosperidad tenia una idea general de que sus bienes eran frágiles y engañosos, era una idea estéril é infecunda, que no le hacia ni mas recatado, ni mas desprendido; pero la adversidad los pinta como son y hace sentir sus amarguras. Ella enseña, que nada queda de consuelo en la grandeza, en la fortuna, en la opulencia, en la gloria, en la reputacion y en el honor. Enseña que los bienes son vanos, que los hombres son inconstantes, que los amigos son péfidos y huyen cuando mas se necesitan. ¡Ah! decia David en medio de su desgracia, yo lo digo y lo diré sin retractarme; todo hombre es mentiroso y falso; el mundo está lleno de almas bajas y venales, que sirven al que mas da: los cortesanos son mercenarios vendidos á la fortuna y postrados delante de aquel altar en que se distribuyen mas gracias. Quitad el ídolo; le maldecirán: colocad otro; á este darán su adoracion. Un hombre indigno, si es poderoso, hallará mil aprobadores de sus ruindades; un hombre virtuoso, si es infeliz, no hallará quien le consuele: *Tunc confunderis et erubesces*.

Finalmente, en la prosperidad no se conoce á Dios, porque el hombre engreido y pagado de sí mismo, no se acuerda del autor de su sér y le parece que es independiente de todos; y aun se atreverá á insultar á la divinidad como Rapsaces, ó habérselas con el mismo Dios como el rey de los asirios; pero la adversidad sana de raiz esta locura, abate el ánimo insolente, y hace levantar los ojos y el corazon á la mano que hiere. Yo veo á Nabucodonosor vencedor, sembrar la desolacion en Jerusalem, arruinar el templo, robar los vasos sagrados, y dejar por todas partes señales de su impiedad y de su furor; yo veo á Nabucodonosor humillado y abatido adorar el poder de Dios y temblar de sus juicios. Yo veo á Manasés engreido en sus prosperidades, renovar las antiguas abominaciones y añadir otras nuevas, y, por su pésimo ejemplo, arrastrar el pueblo de Judá á la supersticion é idolatría; yo veo á Manasés, cargado de hierro y encerrado en un calabozo, confesar, que no hay otro Dios que el Señor del universo. Yo veo á los israelitas triunfantes doblar la rodilla á las deidades extranjeras; yo veo á los israelitas tributarios de las naciones y gimiendo bajo el yugo de los babilonios, invocar al Dios de sus padres y llorar amargamente su sacrilega apostasia. ¿Qué me canso? Yo veo á los grandes hombres que el mundo adora, en sus glorias y felicidades hinchados, soberbios, insolentes, indómitos,

despreciar á los mortales, insultar al cielo y á la tierra; pero á estos mismos, heridos de la mano de Dios, cercados de penas y dolores y tendidos en el lecho de la muerte, los veo hablar en otro tono, hacer otro juicio de la farsa del mundo, abrir los ojos á la ilusion é impostura, entrar en sentimientos humildes, clamar al cielo por aquel remedio y consolacion, que no puede venir de la tierra. Entónces se confunde el hombre, se avergüenza de su locura, da lugar á los sanos consejos, y sigue la direccion de una mano atinada que le guia por las sendas de la vida. Este hombre se hubiera perdido sin remedio; pero la afliccion curó sus llagas y le inspiró sentimientos de salud. ¿No es esto, bondad y misericordia de Dios? ¡Oh trabajos! yo os miraré como la semilla de la vida eterna, como las armas mas propias para conquistar la ciudad santa, y como el medicamento específico contra el veneno de la felicidad mundana, que infatúa los corazones. No hay que temer, hermanos míos, estas espinas y esta hiel; estad ciertos, que estas espinas han de brotar fragantes rosas, y que esta hiel se ha de convertir en dulzura y en gozo sempiterno. No apetezcáis una vida colmada de felicidad y gloria, que estaria expuesta á una inevitable ruina; consolaos con los trabajos que nos ha dejádo por herencia el maestro de la virtud; ellos os humillarán, os purificarán, os desapegarán del mundo, os adquirirán méritos para la patria, y os harán imitadores de Jesucristo, que fué afligido hasta la muerte.

¡Oh Dios mio, que tanto padecisteis por mi bien! haced que tambien yo padezca por vuestra honra. Dadme un pecho generoso, un corazon inclinado á trabajos, deseoso de la cruz y de las amarguras del Calvario, para que mi vida sea una copia de la vuestra, y reciba la corona inmortal en la eternidad de la gloria.

AFLICCIONES.

II.

Plorabit et flebitis vos, mundus autem gaudebit.

Vosotros llorareis y plañireis, mientras el mundo se regocijará.

(*Joann. xxi, 20.*)

Lágrimas y aflicciones: tal es, hermanos míos, nuestra herencia aquí bajo; y digo nuestra herencia, porque mientras estemos en la aflicción, el mundo se alegrará; *Mundus autem gaudebit*. Mas por los dolores cristianamente aceptados, Dios nos prepara los goces eternos: *Sed tristitia vestra vertetur in gaudium*.

Esta doble promesa de Jesucristo encierra esencialmente el carácter de nuestra santa religión, que, elevando y sobrenaturalizando al hombre, nos señala mas allá de los sentidos, y aun mas allá de esta vida, la realización de la dicha; y si el mundo se alegra, ó mas bien cree alegrarse de lo que nos entristece, ¡ah! compadezcámosle y no le envidiemos esta alegría insensata, porque ella es de un día, y la nuestra no tendrá fin; porque aquel que busque y crea encontrar aquí bajo todas sus satisfacciones, aquel no irá allá arriba; por el presente renuncia el porvenir, por la criatura renuncia al Criador; y se le dará según lo que haya elegido.

Por esta doble promesa el Mesías echó por tierra la doctrina y las falsas esperanzas de la mayor parte de los judíos, que pedían á esta vida la recompensa de la sumisión á la ley.

Por esta doble promesa, en fin, el Salvador ponía su palabra en perfecta armonía con los hechos, con la tradición, con la creencia de todo lo que la gentilidad ha visto de espíritus rectos y de corazones generosamente ambiciosos.

Las aflicciones son un hecho, los sufrimientos del justo son un hecho, la prosperidad de los malvados es igualmente un hecho mu-

chas veces probado; y en fin, la esperanza de una equitativa compensación está en el fondo de todas las religiones: ella ha sobrevivido á la alteración del dogma primitivo y final. Y aquel que venía á traer á los unos y á corroborar á los otros la fe en la inmortalidad del alma, daba prueba cuando prometía á sus discípulos las tribulaciones, las penas, los males de este mundo, porque evidentemente no podía ser á título de recompensa: esto era, pues, á título de prueba, como medio de santificación, que debía estar seguido de coronación en la alegría.

Nuestros males nos vienen de la caída: hoy me limito á enunciar esta verdad. Nos vienen también de nuestros pecados particulares: otra verdad que no quiero desenvolver. Únicamente examinaré la utilidad de las aflicciones, independientemente de sus causas, como pruebas y como medio de santificación. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

Las aflicciones facilitan la salvación, porque nadie se salva si no está puro, y nadie está puro si no está purificado. Nuestros dolores nos purifican de dos maneras: cuando son expiatorios, y el arrepentimiento les acompaña, anulan los pecados del individuo, bien así como los dolores y el sacrificio de Jesucristo anularon el pecado del linaje humano, y lavaron la mancha original; cuando son santificantes, purifican hasta las disposiciones del alma. Me explicaré.

Seguramente, hermanos míos, que la felicidad, la prosperidad, debería excitar en nosotros el amor de Dios; y cuanto mas dichosos fuéramos, tanto mas deberíamos perfeccionarnos por reconocimiento. Pero generalmente no es así; y el ejemplo de nuestro primer padre estaba para enseñarnos, que este ser limitado, creado, sacado de la nada, no siempre atribuye á Dios las gracias que de él recibe. Olvida con bastante frecuencia, que por sí mismo no es nada: si es hermoso, si disfruta de salud, si es fuerte, recto, si está dotado de una brillante inteligencia, si recibe homenajes del mundo, si obtiene una elevada posición, si todo le sale á medida de su deseo, si es, en fin, lo que se llama dichoso; ¿qué es lo que pasa en su corazón, qué es lo que siente? ¿Es acaso la gratitud, el amor hácia Aquel que le ha colmado de dones? Ciertamente no, sino un orgullo, un estúpido orgullo, y lo que acompaña al orgullo; es decir, cierto desden por todo aquello que no le pertenece; por consiguiente, unos sentimientos contrarios á la caridad. Entre alabarse á sí mismo y burlarse del prójimo, no hay mas que un paso, que tarde ó temprano se da.